

EL TAJO.

CRÓNICA DECIMAL DE LA PROVINCIA DE TOLEDO.

Fundador y redactor principal, D. ANTONIO MARTIN GAMERO.

COLABORADORES.

Todas las personas ilustradas, así de la capital como de los pueblos, que con sus luces y sus recursos científicos quieran contribuir á la realización del pensamiento que iniciamos.

AÑO I.—NÚM 3.º

28 de Febrero de 1866.

CORRESPONSALES.

Los tendremos en todas las cabezas de partido de la provincia, procurando que recaiga nuestra elección en sujetos de reconocido saber, de verdadera influencia y probado patriotismo.

BASES.—Se publica *por ahora* los días 10, 20 y último de cada mes, acompañando en cada trimestre cuatro ó cinco pliegos de obras de interés para la provincia. **PRECIOS.**—Un trimestre, 16 ó 20 rs., un semestre, 30 ó 38 y un año, 54 ó 70, según que se haga la suscripción en la capital ó fuera de ella.—**PUNTOS DE SUSCRICION.**—En Toledo librería de Fando, Comercio, 31, y en la de los Sres. Hernandez, Cuatro Calles.—**PREVENCIÓNES.**—La correspondencia se dirigirá á D. Severiano Lopez Fando, Administrador del periódico.—Se admiten anuncios á precios convencionales.

EL PROVINCIALISMO.

III.

Después de leído lo que dejamos expuesto en el artículo segundo, no faltará algún pesimista que exclame:

—Si la sociedad, si la historia y la geografía han hecho causa común para extinguir en este territorio el sentimiento provincial, á que tantos beneficios deben otros más afortunados, inútil será todo esfuerzo que tienda á demoler la obra de tan poderosos enemigos. Solo en la época de la fábula dicen que hubo quien domó la naturaleza, removiéndola en sus fundamentos y cargando con el peso de los montes. También quiso entonces un temerario escalar el cielo, y la lumbre del sol le derritió las alas. Ya los Titanes no andan por el mundo; pero cuando se han reproducido los Ícaros de tiempo en tiempo, siempre les escarmentó la propia suerte.

¡Lección terrible! Ella sería bastante á desconazonarnos, y á matar completamente nuestras ilusiones, si con esas palabras no vinieran á confundirse las de los optimistas, á quienes se les oye explicarse de esta otra manera:

—El hierro labra el diamante, el fuego ablanda el acero, y el hombre ¿no ha de poder arrollar los obstáculos que por doquier se opongan á los designios de la Providencia? Nada hay imposible para una voluntad firmemente armada: á su impulso irresistible las montañas abren paso á la industria y el comercio conducidos en brazos del vapor; los istmos se convierten en mares; desaparecen los desiertos, y la luz zodiacal derrama sus rayos sobre las tinieblas de la noche. Todo en el mundo físico cede al poder de la ciencia humana. ¿Cómo no prometerse que en el moral esa ciencia

ejerza un influjo saludable, y pueda alcanzar á corregir los vicios de las pasadas generaciones, los males que engendraron las leyes, los yerros en que nosotros mismos incurrimos? Animo, pues, y adelante, que la campaña no debe ser larga ni penosa. Al vernos nuestros contrarios, bien dispuestos y decididos, han de tirar las armas y abandonarnos el campo, sin hacer resistencia.

A ser estas y aquellas voces eco verdadero de la opinión pública, dividida en dos opuestos y únicos bandos, habríamos de confesar paladinamente que nos divorciábamos de ella, por no dar en extremos absurdos. Nuestra modesta opinión, al tener hoy que hablar de los remedios con que puede combatirse la enfermedad á que aludimos, igualmente distante está del uno que del otro sentir; y como cupiese en estas materias ser eclécticos, formal empeño pondríamos en conciliar lo que parece contradictorio, porque desde luego no se nos juzgue partidarios de un optimismo halagüeño, faciliton ó impracticable, ó las almas de escaso temple se dejen llevar de un pesimismo desesperante y aterrador, que sería la muerte de todo adelanto y el germen de calamidades sin cuento.

No, no está negado al hombre convertir en su provecho las condiciones desfavorables del suelo en que nace, vive y ha de morir, aunque esto no sea el trabajo de un día. Por mucho que resistan la ejecución de nuestros pensamientos las leyes, los hechos históricos, los hábitos y las costumbres,—el tiempo, á fuerza de constancia y de inteligencia, todo lo altera y lo modifica. Con un solo tiro difícilmente se rinde una fortaleza; mas combatiéndola de noche y de día, cargando y descargando de continuo el arma, y no perdonando fatiga ni sacrificio, al cabo se da en el blanco del deseo.